

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 28 DE ABRIL DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, an. mes. 1 pesetas

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM. 832

DE ACTUALIDAD

ESCUELAS GRADUADAS

En la última sesión del Ayuntamiento, y en los momentos en que presidía esta el digno gobernador civil de la provincia Sr. Aguado, el concejal Sr. Rubio hizo una muy oportuna indicación referente al proyecto de construcción de Escuelas graduadas en esta capital.

Se trataba de que, con motivo de la próxima coronación de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, se solemnizase este fausto acontecimiento con la colocación de la primera piedra para la construcción de dichas Escuelas, solicitándose para ello algún auxilio del gobierno.

El señor gobernador prometió interesarse así, y un concejal entusiasta de antiguo de dicha reforma pedagógica, el joven teniente de alcalde señor Baeza Perez, se comprometió a presentar en un plazo de ocho días, proyecto y plano, para la edificación de aquellas.

Nos consta que este ofrecimiento del Sr. Baeza, que tanto le honra, no quedará reducido a un entusiasmo del momento, y deseamos que los nobles esfuerzos de este concejal, como el plausible deseo de este, del Sr. Rubio y de otros individuos de la corporación no se pierdan en el vacío.

La ocasión que se ofrece, para comenzar a llevar a la práctica el hermoso pensamiento acordado en prestigiosa e importante reunión, no debe desaprovecharse; y ningún medio mejor de celebrar en Murcia fecha tan memorable para la Monarquía española, que colocando la primera piedra para la implantación de una tan trascendental y educadora reforma.

Seguramente que el celoso representante del gobierno en esta provincia, tan amante de Murcia y tan amante de la instrucción, realizará todo género de esfuerzos cerca de los altos poderes, a fin de recabar algún auxilio para la realización de dicha reforma.

En este empeño, deben ayudar la gestión del Sr. Aguado: nuestros representantes en Cortes, que difícilmente pondrán su influencia al servicio de causa tan simpática y tan justa y tan conveniente.

Y en cuanto al Ayuntamiento, no debe descuidar tampoco este importante asunto de cultura pública, insistiendo en conmemorar de tan plausible modo la mayor edad de nuestro joven rey.

Ya que tanto se tacha de apática y de negligente a nuestra corporación municipal, dé esta un elocuente mentís, con la firme decisión de llevar a feliz término esta hermosa obra de educación y de progreso.

Murcia se colocaría a una gran altura, lo mismo que su Ayuntamiento, solemnizando la coronación de D. Alfonso XIII con la implantación de la enseñanza graduada, a la que actualmente alza un palacio la cultura de nuestra ciudad vecina, Cartagena.

Asociando el nombre del monarca a una empresa de educación popular, se honrará mejor que con músicas y castillos al representante del trono, para el cual pide ayer nuestro colega «El Diario» los entusiasmos de los partidos dinásticos locales.

Venga pues la ansiada reforma, y no dejen este asunto de la mano los concejales, que como el Sr. Baeza Pe-

rez, tan encaminados se muestran con una idea verdaderamente redentora.

INSTANTANEAS

A D. FERNANDO VERDÚ

con motivo de su Himno al Trabajo

Era nuestra bandera roja y gualda, color de oro y de sangre; ya no tiene ni el brillo puro del metal precioso ni el fuego santo de la sangre joven...

Descolorida está, del sol ardiente pasto fué la bandera de mi patria; volvamos a teñirla, que aun nos queda oro y sangre y amor en nuestro suelo.

El oro está muy cerca, el oro virgen nos ofrece la tierra en sus entrañas y hay que bajar por él golpe tras golpe a los hondos abismos del planeta, a costa del sudor de nuestras frentes y a riesgos de pedazos de la vida...

Hay que buscar el oro que hace falta para bañar en él nuestra bandera y en franja inmaculada y más brillante se torne esa gualdrapa despreciada, que ciega a quien la mire con soberbia y la cabezainclina deslumbrados por el limpio brillar del oro nuevo.

Guarda la madre tierra un lago aurífero que puede ser Jordán donde se laven lágrimas y sollozos estampados.

¡No más lágrimas ya! Secad los ojos y el llanto cese y de los brazos caigan tremendos golpes de piquetas férreas y en explosiones múltiples, los montes muestren su corazón de oro macizo para el rubio color de la bandera, aunque fuera preciso que los brazos queden en los abismos más profundos... para servir de ruego a una limosna caigan los miembros destrozados antes!

Allá muy hondo, en la profunda mina brille el color que la bandera pide; para subir a la perdida gloria hay que bajar al fondo de la tierra.

Y toda aquella sangre derramada en aras del trabajo y del progreso vaya de nuestras venas juveniles prestando otro color a la bandera; esa sangre purísima que hierve en los vírgenes pechos de los hombres como raudal fecundo de riqueza lleno de vida y de esperanzas lleno.

La sangre nueva, el oro sepultado de rojo y gualda vistan nuestra enseña y borrando las manchas de los tiempos relumbren como el sol y brillen tanto que a quien se atreva a levantar la vista hacia el crepón que por los aires vuela al resplandor de los colores nuevos ciego de luz incline la cabeza.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

MALA-SOMBRA

Nació en la cárcel, para que la primera sombra que le cobijara fuese siniestra. Lo separó de su madre la ley, entregándolo a la beneficencia pública.

A la sombra del Asilo de lactancia, primero, y del Hospicio, más tarde, fué creciendo anémico y raquítico, como crecen las plantas sin sol.

Criado a la sombra de tan malas sombras, su carácter se hizo sombrío, captándose por ello la antipatía de sus compañeros de Asilo; lo que fué bastante para que, cumplida la edad reglamentaria, lo pusieran en mitad del arroyo, sin otro amparo que el de su sombra desmedrada.

Como había aprendido el oficio de zapatero, quiso ganarse la vida, ejerciéndolo; y en la primer zapatería que encontró al paso solicitó faena. Diéronsele al momento, prometiéndole buen jornal, lo que le hizo creer que ingresaba en la sociedad con buena sombra. Pero duróle poco la ilusión; porque antes de que hubiese comenzado su trabajo, entró en el taller tumultuosamente un grupo de oficiales zapateros, que estaban en huelga, y quisiera que no, le hicieron salir a la calle con ellos.

Como no pertenecía a la asociación de trabajadores, tampoco le suministró

ningún socorro la caja de resistencia, gracias a la que se hacían fuertes los huelguistas; y para no morirse de hambre, tuvo que implorar la caridad pública.

Pero la mendicidad estaba prohibida en aquella población, y por contravenir lo mandado en las ordenanzas municipales, lo pusieron a la sombra.

En la cárcel hizo amistades, que le iniciaron en los secretos de un arte por él ignorado hasta entonces; y tan pronto como se vió libre, se propuso ejercer, con otros ex-compañeros de quincena, lo que solo había aprendido teóricamente.

Acordóse efectuar el robo de una joyería, el cual se realizó de la manera que estaba planteado, con una sola modificación en el programa; la de que sus compañeros se pusieron en salvo con las alhajas sustraídas, y él, por efecto de su mala sombra, cayó en poder de los agentes, que lo pusieron a la sombra por segunda vez.

Extinguida su condena en el correccional, tuvo la suerte de caer soldado, y de sacar en el sorteo la bola negra, esto es, que le tocó ir a Cuba, precisamente cuando estaba en su apogeo aquella guerra que terminó con la paz del Zanjón.

Y allá fué Mala-sombra, dando tumbos en el sollado de un buque, presa de terribles mareos y de las angustias consiguientes.

Tan pronto como desembarcó tuvo la fortuna de entrar en fuego, sin que en la acción aquella ni en las sucesivas en que tomó parte le agujereasen la piel, lo cual era ya un buen síntoma, que le hizo pensar si su mala sombra se habría disuelto en el agua de aquellos mares que había cruzado.

Pero vió patente su error, cuando todas las enfermedades epidémicas, endémicas y parasitarias de la Gran Antilla se cebaron en él.

Empezó padeciendo a consecuencia de la rigidez, que hizo en su organismo grandes extragos. Curado de ella, le atacó el vómito negro, que lo puso a las puertas de la muerte; pero como no había de morir, curó de tan terrible enfermedad, para que así pudiese atacarle otra de color menos tétrico: la fiebre amarilla.

Mala-sombra pasó por todo, sin que se rompiera el hilo de su existencia; y esto hizo creer a algunos que los sucesos aquellos no justificaban bien su apodo, sin fijarse en que lo que para los demás hubiese sido don del cielo, era para el gran fatalidad.

Embarcó para la península bastante anémico, con la absoluta en un canuto de hojalata, y un cinto con algunas onzas, que le dieron a cuenta de sus alocaes.

Al desembarcar en Cádiz, por recomendación de un sujeto que encontró en el muelle haciéndose enseguida su íntimo amigo, se alojó en cierta casa de huéspedes muy económica.

Después de almorzar, organizóse entre los comensales una partidita de monte, a la que fué invitado Mala-sombra; y entonces sí que la tuvo mala del todo, no sé si por influjo de ella o de los naipes marcados con que el banquero tallaba: lo cierto es que, antes de que nuestro héroe hubiere hecho la digestión del almuerzo, le habían alijerado de tal modo el peso del cinto, que para pagar el hospedaje de aquel día y que le dejaran marchar, tuvo que entregarle al patrón la única prenda que le quedaba: un reloj de níquel.

Y vuelta a su primitivo oficio de zapatero, que por haberlo olvidado casi, solo lo pudo ejercer en calidad de remendón.

Sin embargo, echando remiendos, consiguió echárselo a su salud, primero, y a la buena sombra, al parecer más tarde; porque una gaditana saladísima se decidió a prestarle sombra, y fué con él a la Vicaría.

La sombra de aquel árbol a que se arrimó, era demasiado placentera para que la gozase mucho tiempo un hombre que desde su origen la tuvo tan mala. Un huracán de amor arrebató el árbol que le cobijaba, quedándose sin mujer y con una puñalada del desengaño en mitad del pecho.

Pero tenía una hija fruto de sus amores, y decidió prestarle su sombra, amordazando los sentimientos de venganza que dentro de su ser se revolaban; y por ella fué trabajador honrado, económico; y hasta logró darle una educación esmerada.

La cabra tiró al monte, y la chica tiró a la madre, ó mejor dicho, tiró de ella un moicito que, de la noche a la mañana se la arrebató al zapatero, de la misma manera que, pocos años antes, le habían arrebatado la esposa.

Entonces debió la Parca, compasiva,

poner fin a la existencia sombría de Mala-sombra. Fuera dichosa y su peregrinación por la tierra hubiese sido rápida como una exhalación; pero víctima predilecta de la fatalidad, no espere nada misericordia para él: si no llega a ser eterno, vivirá tanto como el mundo.

Aurelio Yanguas

TEATRO ROMEA

EL FESTIVAL DE ANOCHE

Anoche se celebró el festival organizado por el Círculo de Bellas Artes, con asistencia de una concurrencia numerosa y selecta, que ocupaba todos los palcos y plateas y la mayor parte de las localidades restantes.

Pecó de excesivamente largo el programa, y así se comprende que se saliera después de la una y media de la madrugada: sobró «El solitario de Yuste», representado en primer lugar, y conste que no lo decimos en mengua de la hermosa obra de Marcos Zapata ni de los jóvenes aficionados que hicieron esfuerzos dignos de aplauso, aplauso que se les tributó con gusto, por salir airoso en el desempeño de su difícil empresa.

Después de la representación de dicha obra, dió principio la parte musical, que resultó tan brillante como era de esperar, de la justa fama de los notables profesores a cuyo cargo se hallaba.

Comenzó aquella con el sexto concierto de H. Herz, ejecutado al piano de modo magistral por Enrique Martí, el cual correspondiendo a la entusiasta ovación de que se le hizo objeto, nos hizo oír la jota de concierto de Larregla, en cuya ejecución hizo también verdaderos prodigios.

El Sr. Martí se acreditó anoche de pianista eminente y mereció los calurosos y unánimes plácemes que lo fueron tributados: cuantas frases de elogio le dedicásemos nosotros, no correspondían al mérito de su labor artística.

¡Bravísimo, amigo Enrique!

Antonio Puig, el pianista de tan gran renombre, aplaudido en España y en el extranjero, catadrático de nuestro Conservatorio Nacional, se presentó a continuación e interpretó de modo maravilloso la tarantela de Listz «Venecia y Nápoles». La ovación fué grande y merecida, y correspondiendo a ella el genial artista ejecutó un precioso zortizo de Zabalza, aplaudido con igual entusiasmo.

El piano al que Martí y Puig arrancaron anoche tan hermosas notas, es un magnífico instrumento, galantemente cedido para la función de anoche por su dueño, nuestro amigo D. José María Ruiz-Funes.

El joven tenor D. José María Celdrán (El Nene de las Balsas), cantó a continuación la romanza de «El milagro de la Virgen», y lo hizo con tal gusto, con tal afinación, con tal alarde de hermosas facultades, que el público le tributó una ovación entusiasta.

El simpático y modesto cantante, acompañado como antes al piano por el Sr. Verdú (D. José), cantó entonces el número de salida del tenor en la zarzuela «Marina», haciéndolo de admirable modo y siendo interrumpido a cada instante por atronadoras salvas de aplausos, que le obligaron a repetir el final de tan inspirado número.

Algunos espectadores de los pisos altos, se empeñaron entonces en que el Sr. Celdrán rindiere culto al género flamenco cantando malagueñas, promoviendo con tal motivo un ruidoso incidente, que hizo demorar durante un buen rato la continuación del concierto.

Apaciguóse por fin el alboroto, que no debe atribuirse al culto público de dichas localidades, sino a una docena apenas de escandalosos; y dió comienzo la pequeña orquesta dirigida por el joven y notable profesor D. José Verdú, a la fantástica «Danza Macabra» de Saint Saens.

Generales y ruidosos aplausos premiarón la brillante ejecución de tan inspirada obra de concierto.

El «minuetto quinteto» de Verdú (don José), ejecutado por su autor y los señores Puche, Areu, Fresneda y Mendoza, hizo que se repitieran los aplausos del público, en honor de tan hermosa composición y de sus felices intérpretes; y con esto terminó el concierto, que fué un éxito ruidoso para cuantos en él tomaron parte y para la sección musical del Círculo de Bellas Artes.

Procedióse al sorteo de los tres preciosos objetos de arte regalados para esta velada, correspondiendo a los números siguientes:

El busto en barro «Sin hiel», de don Juan Dorado, al número 822

El almohadón pintado por Sanchez Piazco y regalado por la señora de don Juan Miralles, al número 832.

El cuadro de D. José María Sanz, al número 376.

El distinguido aficionado D. Agustín Conti, representó a continuación el monólogo «Un telegrama», de nuestro compañero Jara Carrillo, en el que acreditó nuevamente sus excelentes condiciones de actor dramático.

Se le aplaudió repetidas veces, con justicia, y al terminar la representación autor e intérprete compartieron los honores del proscenio.

Los Coros Ramirez obtuvieron un nuevo y gran éxito, cantando acompañados por la orquesta el final primero de «El diablo en el poder» y el «Himno al trabajo», valiente e inspirada composición del maestro D. Fernando Verdú, con letra de nuestro compañero en la prensa D. José Tolosa Hernandez.

Ambas composiciones las cantaron muy bien, con notable afinación, bajo la dirección del maestro Ramirez, distinguiéndose en un solo el barítono señor Albertoso, que tiene una excelente voz y que estudiando podría dedicarse con éxito al teatro.

La velada finalizó con el diálogo cómico «A pluma y a pelo», ejecutado por los jóvenes Sres. Ponze y Solís, que demostraron grandes aptitudes para el género y escucharon merecidos aplausos.

En la velada de anoche tuvo el bello sexo una representación lucidísima, encantadora: siendo obsequiadas todas las señoras y señoritas que asistieron al espectáculo con lindos «bouquets».

Constituyeron la comisión de recibo, los distinguidos jóvenes D. Juan Peñañiel, D. Narciso Clemenin Cháuli, don Rafael Beaux y D. Nicolás Cano, a los cuales quedó muy agradecido el Círculo de Bellas Artes.

La nueva orquesta de los Sres. Raya y Mirete, ejecutó bajo la dirección del primero la gran sinfonía de «Marta», que resultó perfectamente interpretada.

RECUERDOS SEVILLANOS

II

La Cartuja ó Fábrica de Loza

Uno de los establecimientos fabriles que más importancia conceden a la industria y comercio en la simpática ciudad del Guadalquivir es la renombrada Cartuja, vastísima fábrica de loza, centro productor fundado por D. Carlos Pikman, primer marqués de este título, y uno de los comerciantes más famosos de aquella metrópoli por su corazón generoso, riqueza y actividad. Su industria vino a convertir las vastijas toscas labradas en barro por Santa Justa y Rufina en objetos preciosísimos de transparente china y durísimo pedernal.

Dotado de una gran multitud de operarios y operarias que amasan el barro, que le cuecen en hornos amplios, que le pintan, que le embalan, la Cartuja, presenta un aspecto bastante simpático. Allí, no se respira, hoy, el aroma de aquellas oraciones santas que otros días elevaron al Criador los frailes de San Bruno a poco de ser fundada por don Gonzalo de Mena, Arzobispo de Sevilla; pero se advierte la vida, el movimiento creador que produce el trabajo santificado por la virtud de la constancia y que al brotar por las anchas bocas de sus rojizas chimeneas en borbotones de negro y blanco humo, parece subir hasta Dios llevando entre sus nubes el agradecimiento prolongado de gran número de seres que, al ganar en él su sustento se acuerdan del nombre digno del Sr. Pikman, cuya estatua conservan sobre pedestal grandioso en el centro del rico museo de la fábrica famosa.

La vista que desde su altura se presenta es encantadora. Próximos, muy próximos al edificio, árboles gigantes plantados a la orilla del Guadalquivir para centralizar la corriente; a la izquierda la Estación férrea y el puente de Huelva, con su color rojizo; a la derecha el barrio de Triana, con su torre de la iglesia de la O. azul y blanca; con sus imágenes riquísimas; con su Santo Cristo de la Espiración; con sus casitas alegres en cuyas ventanas, balcones, patios y terrazas, nacen y se enredan flores tan graciosas como las hijas del barrio; al frente la fábrica de Porcelana, la Pescadería, el río, habitado por barquillas que le cruzan, movido por barcos de alto bordo, y sobre estos el famoso